

Lectura de un «pequeño rey»



EL TELESCOPIO

ROMÁN
PIÑA HOMS

ESTÁ CLARO que no es lo mismo un «pequeño rey» que un «rey pequeño». Quienes hoy hemos superado los setenta, sabemos de la vida y milagros de aquel delicioso «pequeño rey» que aparecía semanalmente en las páginas de humor de La Codorniz. Un pequeño rey debió ser Jaime II de Mallorca, que, a pesar de sus reducidos y desperdigados territorios, en ellos pretendió ser monarca soberano sin cortapisas. Casi lo consigue, aunque no del todo, puesto que sus parientes catalano-aragoneses, comenzando por su propio hermano, le machacaron cuanto pudieron y le obligaron a someterse a su autoridad mediante un forzado pacto feudal.

Ayer domingo, en que se cumplían los seiscientos años de la muerte de nuestro Jaime II, no teníamos a sus parientes catalanes al acecho, pero nos sobraban mallorquines in-

«Las islas que el 'pequeño rey' tanto amó andan como siempre, o sea a la greña. Seguimos tirándonos los...

diferentes y sobre todo nos sobraba la bobaliconería del sucursalismo político, que considera incorrecto jalearse el pasado de una monarquía propia, amiga pero no sometida a la Corona de Aragón, haciendo una banal lectura -interpretación- de los enfrentamientos que se produjeron entre las dos ramas de la descendencia de Jaime I el Conquistador, a los que califican despectivamente de *brega de parents*. Como en su día se cuidó de demostrárnoslo Gabriel Alomar, que sin pertenecer a la nómina de nuestros grandes historiadores, fue un urbanista de talento, un intelectual sólido y un mallorquín que vibraba por su tierra, con interesantes incursiones en el estudio de nuestro pasado, la inquina de la dinas-

tía aragonesa de Pere el Gran, hijo primogénito del Conquistador, incapaz de respetar el testamento de su padre, constituyó, además de una injusticia, un grave error político, puesto que la monarquía mallorquina del segundón, identificada con la corte de Francia en donde este se había educado, hubiese servido para limar asperezas entre rivales -Cataluña y Francia- a modo de tercera vía armonizadora y arbitral de sus constantes divergencias. No fue así. Se impuso el unitarismo y el ansia de eliminar al pariente tibio y discrepante. Un Rosellón y una buena parte de la Occitania unidos al reino mallorquín, al menos durante algún tiempo hubiesen modificado aquel mapa político en que catalanes y franceses se encarnizaban en lucha permanente por el dominio del Mediterráneo occidental.

Pero bueno, todo esto son lecturas, interpretaciones más o menos discutibles. Lo triste, real y constatable, es nuestra tendencia a no sentir como pueblo. Tuvimos un «*savi i bon rei*», padre de una breve dinastía, que murió dignamente en su Palacio de La Almudaina, después de una vida rica en proyectos políticos a favor de sus súbditos; el promotor de edificios emblemáticos que constituyeron lo más granado del gótico en Mallorca; el impulsor de su proyección internacional, unida al recuerdo de su coetáneo Ramón Llull, y también de una plataforma institucional que daría estabilidad al nuevo reino insular con una cadena de sabias disposiciones de gobierno. El cronista Guillen Terrassa, a mediados del siglo XVIII, se refiere a su muerte y nos dice textualmente: «En el año 1311, hallándose de Mallorca el señor Rey don Jaime, cayó malo en el mes de mayo, y el día 28, vigilia del Espíritu Santo, murió en su Real Palacio de esta ciudad -precisa el «Thalamus parvus» de Montpellier que su fallecimiento se produjo el día siguiente, o sea el 29- celebrando sus honras fúnebres el señor obispo don Guillermo de Vilanova. Fue sepultado delante del altar mayor de la Catedral, donde aún al presente se halla su cuerpo libre de toda corrupción, vestido de brocado carmesí». Aquella sepultura señoreaba la nave central, siendo objeto de todas las miradas, unas devotas, otras de irrefrenable curiosidad. En cualquier caso su cuerpo y su memoria du-

rante siglos provocaron una peculiar devoción, al igual que los despojos de Cabrit y Bassa, aquellos caudillos de la resistencia y la lealtad al monarca cuando años antes la isla fue invadida e incorporada a la corona catalano-aragonesa.

Hoy las islas que el «pequeño rey» tanto amó, andan como siempre, o sea a la greña. Seguimos tirándonos los trastos a la cabeza unos a otros. Ya no dependemos de las ancestrales fratricidas pugnas entre moros y cristianos, ni entre cristianos viejos y cristianos nuevos. Hemos superado la lucha multisecular entre *ciutadans* y *forans*, *canamunts* i *canavalls*, *austracistes* y *botiflers*, pero mantenemos nuestro peculiar espíritu de discordia y larvada violencia. Recuerdo aún, cuando, hará sesenta años, siendo un adolescente, nos decía en clase aquel viejo maestro -Pedro Blanco Trias- distinguido historiador, llegado de Barcelona: «No lo entiendo, dicen que esta es la Isla de la Calma, pero su historia está sembrada de violencia fratricida. Incluso en el patio de recreo riñen ustedes y se insultan como nunca pude verlo en otras partes».

... trastos a la cabeza. Ya no dependemos de fratricidas pugnas... pero mantenemos nuestro espíritu de discordia»

Ayer, domingo, el recuerdo del pequeño rey debería habernos unido. En la Catedral estuvo una digna representación de nuestras entidades culturales. Honramos la memoria del monarca. Pero, ¿Dónde estaba el grueso de nuestra ciudadanía? ¿Dónde nuestras autoridades e instituciones? Comprendo que no pocos estén haciendo las maletas, pero deberían haber previsto el acontecimiento desde hace meses. Ni tan siquiera estuvieron en Sineu, donde la mitad de sus gentes a la greña contra la otra mitad, no sabía si finalmente podría inaugurarse un monumento de iniciativa privada al pequeño rey, nada menos que el monarca que supo convertir la villa en capital foránea y morada real.



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

De libros y silencios

CON EL PASO del tiempo, uno va haciendo suyas, aunque sólo sea por la vacilante inercia de las afinidades -esas que se olvidan y desechan con igual pasión que se recuperan-, tantísimas historias ajenas que casi resulta imposible dilucidar la importancia real que ciertos eventos tienen en nuestras vidas, qué huellas nos dejaron, qué heridas, qué placeres, y en cuáles, huellas, heridas o placeres, algún día, acabaremos reconociéndonos. Uno siempre se acaba reconociendo en lo que le rodea, a veces porque cree haberlo vivido y, a veces porque ya no alcanza -y lo sabe- a revivirlo de nuevo.

Hay mucha lujuria acumulada en la monótona, pero imprevisible, memoria de los días. Muchas decepciones y alegrías, y algún que otro prodigio de vez en cuando. Uno de ellos lo ha obrado la Editorial Calima con el libro «El Último Jueves, Poesía, 15 años en el camino».

Ese tiempo es una eternidad en cualquier parte, pero más lo es en esta isla de ditirambos por encargo y de silencios a modo de ultraje. El sábado lo presentó Antonio Rigo en la Fira del Llibre, y su historia, que es única, es también un poco la de todos. Un pulso eterno contra la indiferencia pública y el silencio administrativo. Aquí lo que se lleva es llenarse la boca de poesía mediterránea y confiársela, por ejemplo, a unos autores traídos desde Ucrania, Haití o la poética Zimbabue. ¿Tanto exotismo para no ser quienes somos? Pues eso.

LE INVITAMOS AL PALCO

El Mundo del suscriptor (C)

LA VERBENA DE LA PALOMA

Auditorium de Palma, viernes 10 de junio a las 19 h.

MEMORIAL FRANCISCO BOSCH

Dirección: Josep Maria Damunt

Precios especiales para grupos 971 765 622 · Entradas en taquillas y servicaixa

Participe en el sorteo de las invitaciones, enviando un e-mail a: clasicoselmundo@gmail.com, indicando su nombre y apellidos, nº de suscriptor, teléfono de contacto, antes del 6 de junio, 2010.

Precio especial para suscriptores: 25 € en las taquillas del Auditorium.

www.factoriacultural.com